

# EL DILUVIO

Diario republicano - Dos ediciones diarias

Información española y extranjera, Artes, Ciencias y Literatura

EDICION de la TARDE

Suscripción: Barcelona, ptas. 1'50 al mes. Fuera, ptas. 6 trim. Extranjero ptas. 6 trim.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES

Escudillers Blancs, 8 bis, bajos.

ANUNCIOS Y SUSCRIPCIONES

Plaza Real, 7, bajos, Teléfono 630.

## Crónica diaria.

Es verdaderamente lamentable el estado de abandono en que se halla el Parque de Montjuich adquirido por el Ayuntamiento.

Los pocos guardas que hay allí no tienen autoridad ninguna, pues no pueden vigilar tan gran extensión de terreno, y aquel hermoso sitio ha caído en manos de una multitud que destruye los arbustos, las flores y cuanto encuentra a su paso.

La Cámara de Comercio y Navegación de esta ciudad ha nombrado a su tesorero, don Rafael Morató y Senesteva, delegado de la Corporación en el V Congreso internacional que las Cámaras de Comercio y las Asociaciones mercantiles e industriales celebrarán en Boston del 24 al 28 del corriente mes.

El señor Morató ha salido ya de Barcelona para los Estados Unidos, a donde se dirige también don Eduardo Agustí, asimismo delegado de la Cámara de Comercio de Barcelona en aquel Congreso.

Telefonemas detenidos en la Central de Teléfonos por no encontrar a sus destinatarios:

De Madrid, Bagouvi; de Madrid, doctor Talegón, Carmen, 52; de Cádiz, María Molina, San Isidro, 44; de Madrid, Federico de Lamp, Ausias March.

Hemos recibido el siguiente escrito:

El Centre Nacionalista Republicà de Sant Gervasi anuncia a totes les Societats aliades y entitats del partit d'U. F. N. R. que reberen plech d'invitació a les festes que celebraba el C. N. R. ab motiu de la festa major de 1912, degut a varias informalitats sobre el terreny que tenia que ser aixecat el envelat, les festes dels balls dels dies 16, 17 y 18 la Comissió de festes se veu obligada molt contra la seva voluntat a sosprendreles y celebrar sols el festival escolar de repart de premis en els nens y nenes de les escol s el dia 15, a les cinch de la tarde, en el envelat de la Nova Joventut Catalana, carrer de Calaf, entre Muntaner y Turó-Park.

Los olivereros aragoneses tratan de convocar una Asamblea de olivereros de Aragón, Cataluña, Valencia, Navarra y Rioja, que se celebraría en Zaragoza, con objeto de emprender una enérgica campaña y determinar la forma de conducta a seguir contra la propaganda emprendida por la Federación Nacional Oliverera y las bases aprobadas por ésta, que consideran lesivas a los intereses de las regiones olivereras citadas.

Se convoca a los constructores de calzado a la reunión general extraordinaria que tendrá lugar hoy, a las nueve y media de la noche, en el local social, Pontente, 24, 2.º

### Conferencias y reaniones.

Se invita a los socios de la entidad El Figaro de obreros peluqueros-barberos a la conferencia que esta noche, a las diez y media, dará en el local social el compañero J. Grau, desarrollando el tema "La situación económica y el juego en el local social."

Se ruega a todos los socios del Centro Benéfico y Protector de Retirados (clase de tropa) asistan el proximo domingo a la junta general de primera convocatoria que tendrá lugar a las tres de la tarde y de segunda a las cuatro de la misma para tratar de un asunto muy importante de la Sociedad en su domicilio, plaza de Moncada, número 3, 1.º, 1.ª

En la secretaría del Ateneo Valentino de Literatura y Artes, domiciliado en la calle del Consejo de Ciento (junto a la de Arriban), continúa abierta la matrícula de doce a una y de seis a siete para las clases gratuitas que sostiene.

Desde 1.º de Octubre se cursarán diariamente las asignaturas siguientes:

Gramática, geografía, aritmética, Historia de España, Historia Universal, lectura y escritura (letra española, inglesa, redondilla y de adorno), francés, inglés, alemán, italiano, dibujo geométrico e industrial, de adorno y elemental de figura, contabilidad y teneduría de libros, solfeo y piano, declamación y literatura.

Se invita a los directores de escuelas inscritas para las fiestas escolares que celebrará la sección de Enseñanza de la Exposición del Turó Park las tardes de los jueves laborables a concurrir hoy, a las tres de la tarde, a los terrenos del Campo de Galvany, Can Campana, extremo de la Granvia Diagonal, a fin de empezar los ensayos preparatorios.

En la Escuela municipal de ciegos, sordomudos y anormales, domiciliada en el paseo de San Juan, 51, queda abierta la matrícula para todos los niños ciegos, sordomudos y anormales que hayan cumplido la edad de cinco años.

La inscripción es gratuita, teniendo lugar en la secretaría de la mencionada escuela todos los días laborables de diez a doce de la mañana.

## El jabón.

El origen del jabón es un misterio; pero hay muchos testimonios de su antigüedad. En la Biblia se menciona dos veces, por lo menos, en un período correspondiente a varios siglos antes de Jesucristo.

En el Louvre de París hay un vaso antiguo de fabricación etrusca, cuya edad se calcula en dos mil años, en el cual aparece en relieve un grupo de niños haciendo pompas de jabón, y aunque existen ciertos jugos vege-

tales que pueden emplearse para hacer pompas, es muy posible que los niños etruscos empleasen para sus juegos jabón artificial.

En las excavaciones de Pompeya se han descubierto de las ruinas una fábrica de jabón con las tinajas y accesorios necesarios para la industria, así como cierta cantidad de jabón fabricado evidentemente en dicha jabonería.

## Ratonera sencilla.

En un tarugo de madera se hace un agujero de dos centímetros y medio de diámetro por cinco de profundidad y se clava un clavo diagonalmente para que sobresalga hacia la mitad del agujero.

La punta del clavo se aguza muy bien con una lima y se dobla un poco para que una

vez que el ratón haya metido la cabeza para coger el cebo situado en el fondo del agujero le impida salir. Es una ratonera muy fácil de construir y muy eficaz. No tiene más defecto que el de no poder coger más que un ratón cada vez; pero esto se remedia haciendo varias iguales.

## El secreto de la simpatía.

El secreto consiste puramente en olvidarse completamente de sí mismo. Las personas que dominan por el cariño que inspiran son las que se olvidan de sí mismas y sólo piensan en el bien y en el gusto que pueden proporcionar a los demás. Ningún adorno corporal ni moral tiene más influencia que la simpatía.

En la historia de Francia vemos como ninguna mujer tuvo mayor poder para fascinar a los que le rodeaban que madame Recamier.

Sus retratos prueban que no era mujer hermosa, como había muchas en la corte, y, sin embargo, hasta hermosa le llamaron.

Aun después que hubo pasado la causa pa-

ra que ejerciera atracción personal sobre el corazón de los demás, cuando era ya muy vieja, su poder no había disminuído.

Los escritores consultábanle sus obras; los pintores le enseñaban sus cuadros; los esta-

distas le consultaban sus proyectos, y todo eso no era debido a su talento, sino al empeño que ella tenía para servir a sus amigos y por hacerles todo el bien que podía.

## Las primeras crucifixiones.

La cruz es seguramente el instrumento de suplicio más antiguo y más universal. Oriental en su origen, todavía se emplea en algunos pueblos del Extremo Oriente. Los antiguos egipcios, que ya crucificaban, ataban también a los crucificados en vez de clavarlos; este fué el castigo aplicado al panadero de Faraón cuyo profético sueño interpretara José.

Los griegos copiaron la crucifixión de los persas y la llevaron a Roma, y aquí fué donde este céebre suplicio se perfeccionó y adquirió mayor importancia, hasta tal punto que, sin temor a equivocación, puede asegurarse que la crucifixión es romana.

La primitiva cruz no era tal cruz, sino un simple mástil hincado en tierra y al cual se sujetaba el condenado con cuerdas o con clavos. Con frecuencia, en vez del poste, se empleaba el primer árbol que había a mano, sujetando los brazos del reo sobre las ramas en la misma dirección de éstas. De aquí nació la idea de añadir al mástil primitivo unos brazos o ramas en forma de T, hasta con las dos puntas dobladas hacia abajo que lleva esta letra en sus brazos. Entre los romanos se empleaba la cruz para castigar a los esclavos y a los grandes criminales; castigábanse con ella el asesinado y el robo y antes de ser crucificado el reo era azotado con correa de cuero y arrastrado por la calle, atado el cuello a una horquilla.

A veces, para que el suplicio fuese más doloroso, el travesaño que formaba los brazos de la cruz no estaba clavado al árbol de la misma, sino encajado en una muesca de su extremo superior, de modo que oscilaba al menor soplo del aire ó al menor movimiento del crucificado, aumentando los dolores de éste.

Después de la cruz en T, o en tau, como entonces se decía, vino la *crux decussata*, o aspa de San Andrés, según más comunmente se la llama por haber sido empleada en el martirio de este santo. La primera forma, sin embargo, siguió siendo la más empleada; los primitivos cristianos, en recuerdo de ella, escribían a veces una T muy grande en medio del nombre de sus mártires.

Más adelante se introdujo la cruz en forma de Y, que obligaba al condenado a tener los brazos en alto y la cabeza colgando entre ellos; pero la introducción de la costumbre de poner sobre la cabeza del reo una inscripción dando a conocer su delito, hizo que todas estas formas de cruces fuesen sustituidas por la que se llamó *crux capitata* o *crux immissa*, que es la que suele verse representada en la escena de la crucifixión de Cristo.

Tanta variedad como en la forma de la cruz había en los detalles que acompañaban a su empleo. En la antigua Roma era costumbre azotar al condenado y obligarle a llevar la cruz a cuestas hasta el lugar del suplicio. Una vez clavado en ella, se le dejaba días y días para que fuese pasto de las aves rapaces. Entre los romanos, para hablar en sentido figurado de la gente maleante y de los esclavos de peor calaña, se decía "carne de cruz y pasto de cuervos".

Los judíos, por el contrario, descolgaban a sus reos de la cruz para enterrarlos, después de romperles las articulaciones. Si al ir a descolgar a la víctima observaban que todavía daba señales de vida, para prolongar sus sufrimientos le daban algún líquido fortificante.

Al clavar en la cruz al condenado le hacían beber vino mezclado con mirra y otras afrodisíacos, lo cual, dándole fuerzas, impedía que se desmayase y hacía más vivos sus dolores.

El suplicio de la cruz fué abolido por el emperador Constantino, aunque después de él se le vió reaparecer en ciertos casos excepcionales.

Para castigar a los herejes, por ejemplo, se empleaban cruces invertidas, a las cuales eran clavados o atados cabeza abajo. En Francia, en 1127, Luis el Gordo hizo crucificar al asesino de Carlos el Bueno, llevando la crueldad hasta hacer poner junto a la cruz un perro de presa que, azuzado por el verdugo, mordía los pies del criminal.

El arte eclesiástico y la heráldica han distinguido la cruz añadiéndole brazos o dando a éstos diferentes formas y longitudes.

## La Isla olvidada.

Recuerda un periodista inglés que, habiendo escrito a su colega. «Días pasados fui a hacer una visita a la encantadora Ada Kaleh», recibió esta respuesta: «Dicesme, querido amigo, que has visitado a Ada Kaleh; pero olvidas decirme quién es esa señora o señorita. Cuando tan encantadora la encuentras, supongo que se trata de tu novia; ¿cómo es que nunca me hablastes de ella?»

Ahora bien, el periodista inglés no podía haber hablado antes de ella a su colega porque también le era desconocida Ada Kaleh, y porque Ada Kaleh no es una señorita o una señora, sino sencillamente una isla.

Y es una isla tan poco conocida, por más que se encuentre enclavada en el corazón de Europa, que fué olvidada hasta en el tratado de Berlín. En la época de este tratado, la Puerta perdió todo predominio sobre los Estados danubianos, pero conservó Ada Kaleh porque nadie se acordó de esta isla. Si bien hoy día no tiene importancia política ninguna, encuéntrase en una posición verdaderamente excepcional. Colocada en el centro del Danubio, rodeánla los confines de tres naciones: Austria-Hungría, Serbia y Rumanía; de suerte que, un habitante de Ada Kaleh, si quiere dirigirse a tierra firme, no tiene más que elegir.

Desde remotísimos tiempos, Ada Kaleh estuvo fortificada y aun vense los restos de esas fortificaciones, que no son, por cierto, las romanas—puesto que la isla fué ocupada por las lesiones de Trajano—, sino probablemente las mandadas levantar por Leopoldo para combatir a los turcos, los cuales, después de la caída de Belgrado, ocuparon Ada Kaleh, conservándola hasta hoy. Solamente Austria mantiene en ella un destacamento de aduaneros encargados de vigilar la frontera de Serbia.

Una vez pasadas las viejas murallas el visitante se encuentra en un dédalo de callejuelas cortadas aquí y allá por soportales que conducen al «baraz». Allí se tiene la impresión de estar en Turquía, tan parecido es el cuadro: a un lado la carnicería, al otro la

panadería, aquí el droguero, allí el café con sus mesitas al aire libre y sus clientes fumando el narghilé. Los habitantes son muy indolentes. La única industria de la isla es la fabricación de cigarrillos; pero si vais a una fábrica de tabacos, probablemente la hallaréis cerrada y cualquier transeunte os dirá que el dueño estará de vuelta dentro de una hora.

En las puertas de los negocios los patronos fuman y los mozos dormitan.

Fuera, en la calle, pasan grupos de mujeres que van de compras; llevan cubierto el rostro con espeso velo, según la antigua costumbre musulmana, que todavía se respeta en Ada Kaleh, a pesar del ejemplo de Constantinopla.

Abundan en la isla las plantaciones de rosas y los viñedos. Se encuentran niños por todas partes, tanto que el visitante cree haber sido transportado al reino de Lilibut. En cuanto a los grandes, los habitantes que menos se dejan ver, viven sin preocuparse para nada de lo que pueda ocurrir fuera de su isla.

Una particularidad: todos son allí jardineros, y no hay quien no tenga un terreno de su propiedad que no cultiva por sí mismo.

Hace ya mucho tiempo que no se tiene noticia de que se haya cometido crimen alguno en la pequeña isla, y esto lo asegura su más viejo habitante, Ibrahim-Selim, que tiene 104 años; si se cometiera un crimen el reo tendría que ser enviado ante los tribunales de Constantinopla.

Acaso por evitarse las consiguientes molestias, y para no ser juzgados por jueces desconocidos, es por lo que los habitantes de Ada Kaleh prefieren mantenerse a honesta distancia de la justicia. Con ese hermoso sistema no cabe la menor duda que salen ganando su propia seguridad y la de los cuatro gendarmes encargados de conservar el orden.

La población de la isla no pasa de 300 habitantes.

## El Presidente de Suiza.

De todos los jefes de Estado de Europa, el menos rodeado de pompa y majestad es el presidente de Suiza.

Es elegido por un año nada más, y su principal ocupación es firmar los documentos

del Bundesrat. Su sueldo es de 18,000 francos anuales, sin más gastos de representación ni gabelas de ninguna clase, porque no tiene residencia oficial, aunque debe vivir en Berna durante el año que ocupa la presidencia

Porque la señorita Clelia estaba casi convencida de que el secreto de Pietro tenía relación con la desaparición de aquella niña; sospechaba que el conde Luca no era extraño a aquel rapto y comprendía que Rosa, engañada por su hermano y por el gentilhombre, había sido cómplice de ellos, y, por último, que aquella joven que pasaba por hija de Aldo Serra no era otra que la condesita Nina.

Pero ¿podía hablar, descubrir sus sospechas antes de estar segura de que no era víctima de una ilusión? Porque muchos puntos quedaban oscuros para la señorita Clelia, que trataba poco a poco de esclarecerlos.

Ante todo, ¿cómo el violinista acogió aquella niña en su casa y la hizo pasar por hija suya? ¿Había sido también engañado o le habían dado una crecida cantidad para que se encargase de la muchacha y la condujese a América? Pero si el conde Luca sabía quién era Nella, ¿cómo permitía que se aproximase a Nora y a la condesa María, con el peligro de que se descubriese la verdad? Clelia hacía mil conjeturas, sin sacar nada en claro; pero no desesperaba, tenía el presentimiento de que Rosa de un momento a otro aclararía el misterio.

Una cosa era evidente para la señorita Clelia. Rosa amaba a Nella como si fuese hija suya, Aldo la adoraba, la joven se había criado en un ambiente sano y habría sido el orgullo de cualquier madre. ¡Ah, qué felicidad la de la condesa María si sus presentimientos se confirmaban! Pero hasta el momento oportuno Clelia ocultaría celosamente su secreto a todos, especialmente a su adorada dueña.

Al grito de Rosa, Clelia se aproximó, procurando levantarla y diciéndola con voz dulcísima:

—Comprendo su sorpresa, su profunda emoción; usted creía ver a Nella cuando tenía esa edad,

Rosa, que iba reponiéndose, se había levantado y se enjugaba los ojos.

—¡Sí, es ella!—repitió.

Y agregó, temiendo traicionarse.

—La semejanza es sorprendente; se diría que son hermanas.

Una ligera sonrisa se dibujó en los labios de Clelia.

—¿Puede una formarse una idea, Rosa, de lo que ha sufrido esa madre viendo desaparecer su hija única, la alegría, la sonrisa de su vida, sin poder saber a dónde ha ido a parar? ¿Ha muerto despedazada por una fiera o vive y va por el mundo en lucha con la deshonra y la miseria? La condesa lo ignora y hace quince años que llora, se desespera y pregunta angustiada por su hija perdida; pero ¡ay! es una de esas desgracias que no tienen remedio,

Rosa temblaba y castañeteaba los dientes.

—¡Quién sabe!...—murmuró con extraño acento.

Clelia fingió no oírle, aunque el corazón le latía con violencia.

—La condesa no tiene ya esperanzas—agregó—. Morirá seguramente sin volver a ver a su hija.

—No diga eso—exclamó nerviosamente Rosa—. Se hará un milagro..

—Hace quince años que la condesa pide este milagro y aun no ha sido escuchada; su Nina no ha vuelto, ni volverá.

Rosa asió a Clelia de un brazo.

—¿Qué nombre ha dicho?—balbuceó.

—Nina, el nombre de aquella pobre e inocente víctima.

Para Rosa no había ya duda; el engaño de que la hizo víctima su hermano estaba patente; ahora veía en su mente a aquella niña bella y sonriente que Pietro la había llevado y que al preguntarle ella su nombre le había respondido:

—Nina.

¿Cómo pudo Pietro cometer aquel delito, aquella infamia, ser durante tantos años testigo de las lágrimas, de la desesperación de aquella pobre madre y no sentirse conmovido y caer a sus pies pidiéndola perdón y revelándole la verdad? ¿Quién le había impedido que hablase? ¿Fue quizás el mismo hombre que le impulsó a obrar, el cual esperaba que con Pietro fuese sepultado el terrible secreto?

Pero no, ella vivía aun, repararía el daño hecho por su hermano y vería si éste era culpable o únicamente víctima de otro más poderoso que él.

Por esto estaba resuelta a no decir nada a Clelia durante unos días. No quería tener que arrepentirse después de sus palabras acusando a quien era inocente.

Mientras estos pensamientos se atropellaban en su cerebro, sus ojos no se apartaban del retrato de Nina, como si estudiase todos sus detalles.

Y de repente, bruscamente, se sobresaltó; había visto colgada al cuello de la pequeñuela una microscópica cadena con una medalla. Entonces sus pupilas se encendieron y su voz sonó más vibrante.

—Señorita Clelia, diga a su dueña que espere aun; el milagro se realizará. Y ahora, agradeciéndola su amabilidad, me voy, porque tengo muchas cosas que hacer. Pero dentro de tres días volveré y no tendré ya secretos para usted, se lo juro.

Cuando Clelia se encontró sola en el oratorio, su fisonomía, tan dulce, tan abierta, se veló profundamente.

—Sí, mis presentimientos se confirmarán y se hará el milagro—murmuró—. La hija será devuelta a su madre; pero el nombre sin tacha de los Rlenzi quedará deshonrado, el escándalo caerá sobre esta casa, ahora honrada, respetada. Es cierto que los culpables merecen un castigo; pero ¿no alcanzará éste también a los inocentes? ¿Cómo evitarlo? ¡Dios mío, inspírame!

Y la noble joven, con lágrimas en los ojos, se puso a orar.

## III.

Nora había sorprendido el secreto de Nella y su alma altiva sintió un vivo dolor y como un deseo de mortificar a su amiga. Y esto fué lo que la impulsó a decir a su amiga que el marqués Mario era su prometido. ¡No era verdad! La marquesa Silvestri no había hecho aun oficialmente la petición y Mario desde la noche del concierto adoptaba en presencia de la joven un continente serio, reservado, y su mirada no se posaba ya en ella con ternura y emoción. ¿Le había cambiado así el amor de Nella? La joven artista, que le había robado algo del cariño de su tía, ¿le quitaría también el hombre que amaba y que se había de convertir en su esposo?

¡Ah, esto no! Claro que, en su orgullo, Nora no se rebajaría hasta mendigar el cariño de Mario; pero éste no obtendría a Nella aunque la condesita hubiese de recurrir para ello a la calumnia.

Nora, como sabemos, no tenía mal fondo; tenía para la condesa María un verdadero culto, una ardiente veneración; pero el miedo de que Mario renunciase a ella por Nella despertó en su mente pensamientos de odio, de venganza.

Cuando la señorita Clelia le dijo que Nella no iría en unos días a darle lecciones porque se encontraba algo indispuesta, Nora sonrió irónicamente murmurando:

—¡Ya sé de qué se trata!

Y cuando la condesa María, dos días después, mostró su disgusto por el malestar de la joven y expuso su deseo de visitarla, Nora, encontrándose sola con su tía, se arrojó en sus brazos y prorrumpió en sollozos.

La condesa se asustó.

—¿Qué tienes?—la preguntó, sentándola en un diván y teniéndola enlazada por la cintura—. ¿Es quizás la enfermedad de Nella más grave de lo que me han dicho?

—Tú no piensas más que en ella—balbuceó entre sollozos Nora—; no te ocupas más que de ella; yo no soy nada para ti.

La condesa sufrió un ligero sobresalto.

—¡Oh, no digas eso!—murmuró acariciándola dulcemente—. Tú eres siempre mi predilecta.

—¡No, no—interrumpió Nora—, tú no me amas ya como antes, no ves mi sufrimiento!

Y posaba la cabeza sobre sus hombros, mientras frotaba sus húmedas mejillas con las de la condesa.

—¿Sufres?—repitió ésta inquieta, doliente—. ¿Estás celosa de Nella?

Nora levantó con brío la cabeza; sus ojos brillaban a través de las lágrimas.

—Sí, lo estoy—dijo con arranque apasionado—. Porque Nella me ha quitado una parte de tu corazón y se ha apoderado también del de Mario.

—¡Pobre niña! No te exaltes así—respondió la condesa atrayendo de nuevo a sí a su sobrina y hablándola con aquella dulzura que era siempre un bálsamo para el alma agitada de la joven—. Yo quiero bien a Nella, no lo niego, porque todo en ella me recuerda a mi perdida Nina; me satisfacía la amistad que había entre vosotras dos; pero tú eres la primera en mi corazón, en mi pensamiento. Y en cuanto a Mario, creo que te engañas.

—No, tía, es la verdad—repitió Nora—. ¡Ah! Yo no quería quitarte las ilusiones acerca de esa muchacha, que amaba yo como una hermana, porque su presencia te hacía feliz; pero ahora he descubierto que bajo aquella apariencia angelical late un corazón ingrato y que su moralidad no es más que aparente. Nella ha seducido a Mario, como ha seducido a Morangi; escogió al primero porque es más rico, pero continúa coqueteando con el otro. Y si no viene no es porque se halle enferma, sino porque se avergüenza de encontrarse en mi presencia, no ignorando que lo sé todo.

La condesa María sufría, la más viva angustia se reflejaba en sus ojos.

—¿Es posible?—murmuró con un acento de dolor infinito—. ¿Mienten también los ángeles? ¿Todo es hipocresía en este mundo?

Nora experimentó una ligera turbación no exenta de remordimiento; pero arrojándose en los brazos de la condesa, balbuceó:

—¡Oh, tía, tía mía! Yo nunca te he mentado cariño, ni nunca tuve otro amor que el de Mario. Pero éste me pospone a Nella y tú misma me olvidabas por esa joven.

El rostro dulcísimo de la condesa expresaba la más profunda emoción; Nora notaba las rápidas pulsaciones de la delicada muñeca que tenía apoyada en su mano.

—Tienes razón—dijo María con voz debilísima—. Pero estoy a tiempo de reparar mis errores. Vete tranquila a tus habitaciones; necesito estar sola, reflexionar sobre lo que he de hacer. Y piensa que yo te quiero siempre y que el único objeto de mi vida es hacerte feliz.

Se besaron, mezclando sus lágrimas.

Nora se retiró descontenta de sí misma, turbada. Había herido en el corazón a su tía con la calumnia levantada a Nella en detrimento de su honor.

Pero la cólera, los celos, no razonan y una persona dominada por ellos es capaz de cometer cualquier delito.

Nora, para acallar la voz de la conciencia y desechar la tristeza que la oprimía, pasó a las habitaciones de su madre.

La condesa Manuela había salido. Nora se dirigió entonces a las habitaciones de su padre. Hacía unos momentos que se hallaba en el despacho de éste cuando oyó el rumor de una puerta que se abría y llegó a sus oídos la voz del conde, que decía:

—No haga ruido, Rosa; es preciso que nadie se aperciba de su visita.

—Ese es también mi deseo—respondió la voz de la hermana de Pietro

Nora, con el corazón oprimido, aturdida, presa de un extraño presentimiento, se escondió detrás de un pesado portier de terciopelo que ocultaba una especie de armario vacío. No había hecho más que esconderse cuando su padre y Rosa entraron en el despacho.

—Siéntese aquí—dijo el conde indicando a Rosa un diván con el asiento forrado de nuevo—. Vuelvo enseguida. Voy a asegurarme de que todas las puertas están cerradas y de que nadie podrá molestarnos.

Rosa no respondió. Nora tenía ambas manos sobre el corazón, como temerosa de que se oyeran sus latidos. Sentía un vago y misterioso tormento, una febril agitación. ¿Qué secretos tenían su padre y Rosa? ¿Y no era un delito el esconderse para satisfacer su malsana curiosidad? ¿Y si su padre, al regresar, levantaba aquel portier?

Nora se había retirado al rincón más oscuro del armario; pero el sudor corría por su frente, temblaba como una azogada y a cada instante creía que iba a caer desvanecida.

El conde volvió al despacho y Nora comprendió que su padre debía haberse sentado al lado o enfrente de Rosa. La voz del conde resonó más vibrante, creyendo éste que ya nadie podía oírle.

—Aquí me tiene a su disposición—exclamó—. Ahora me explicará usted, Rosa, el objeto con que me pedía esta misteriosa conversación.

—He querido, señor conde, hablar con usted antes de infamar la memoria de un hermano para mí sagrado—respondió la mujer en tono brusco, pero tranquilo.

El conde había experimentado un fuerte sobresalto; pero su rostro no descubría ninguna emoción.

—No comprendo, Rosa, lo que quiere decir con esta frase enigmática—agregó el gentilhomme.

—Señor conde, estamos aquí solos y es inútil fingir—rebatía con violencia Rosa—. Usted me ha engañado, como me engañó mi pobre hermano. La niña que Pietro me confió hace quince años, diciéndome que era hija de una misera mujer y de un criminal, la niña que mi generoso dueño adoptó y crió como si fuese suya porque le recordaba a la pobre Nella muerta, es la niña robada a la condesa María, la única heredera de todas las riquezas de esta casa.

El arranque de furor del conde ahogó el ligero grito de Nora, que cayó de rodillas y se cubrió el rostro con manos trémulas.

—¡Esta usted loca! Rosa—gritó el conde, cuyos ojos brillaban de desdén, mientras su frente se cubría de un sombrío rubor.

Pero Rosa se mantuvo firme.

—No; tengo mi juicio completo, señor conde; no acuso sin pruebas—respondió con lentitud.

Una carcajada nerviosa, estridente, escapó de los labios del conde.

—¿Pruebas? ¿Cree causar efecto con esta frase? No sé de qué niña habla y creo más bien que trata usted de sacar provecho de la semejanza de la hija de su dueño con la niña perdida.

—¡Conde!—gritó Rosa poniéndose en pie, lívida de indignación, de dolor—. Si podía tener alguna duda acerca de usted, ésta ya se ha desvanecido. No, no ha sido Pietro el único culpable, sino usted, que le indujo a cometer el delito; usted, que falsificaba sus cartas y procuraba tenerme alejada de él para que la verdad no se descubriese. ¡Pobre hermano mío!... ¡Ahora comprendo tus remordimientos, tus angustias de última hora! Y yo que tenía tanta fe en él y en usted... ¡Pietro, Pietro, en qué manos habías caído!

—¡Basta!—gritó el conde, haciendo sentar violentamente a su interlocutora—. Usted compadece a su hermano como si él fuese la víctima y yo el verdugo; a su hermano, que sin mí habría ido a presidio; no sacuda la cabeza, es así. Pietro fué ladrón.

—¡No!—dijo con voz ahogada Rosa, crispando los puños, como si quisiese arrojarle sobre el conde.

—¿No?—repitió Luca—. ¿Quiere convencerse? Aguarde.

Nora, que escuchaba con un fervor creciente, no respirando ya, oyó el ruido del cajón del escritorio que se abrió y poco después escuchó la voz de su padre, que decía:

—¿Conoce la letra de su hermano? Pues bien, lea, lea.

El conde entregó a Rosa la declaración escrita y firmada por Pietro y que había sido la primera causa del extravío del pobre criado de su delito.

Rosa devoró aquel escrito.

—¡Oh! ¡Desgraciado, desgraciado!—balbuceó con acento salvaje.

—Ya ve cómo él mismo confiesa que es un ladrón; con este escrito yo habría podido perderle, deshonrarle, en vez de conservarle a mi lado y de tratarle como a un hermano. ¿Y usted quiere ahora desenterrar su pasado, infamar su memoria e infamarme a mí también?

Un sollozo desgarrador salió de la garganta del conde, haciendo palidecer a Rosa, que le miró por vez primera sin desdén.

—Si yo hubiese querido perderle, ¿habría venido a verle antes de hablar a la condesa? Usted sabe muy bien que la muchacha que yo he criado es la niña que su cuñada lleva como perdida para siempre. Y mi hermano no habría tenido ningún interés en robarla si no hubiese sido obligado o inducido por usted.

—¡No, se lo juro!—interrumpió con energía el conde—. Son inútiles las mentiras ahora; le diré la verdad.

Lanzó un profundo suspiro, que parecía el gemido de una persona herida de muerte, y prosiguió:

—Usted sabe que mi cuñada es riquísima, mientras que yo tuve un patrimonio muy reducido que fué absorbido enseguida por las necesidades de la familia. Por mí únicamente habría aceptado también la miseria; pero yo adoraba y adoro a mi hija, la quería rica a toda costa, me parecía injusto que ella, cuando fuese mayor, se viese privada de medios económicos que a la otra le sobraban. Sin embargo, nunca pasó por mi mente la idea de suprimir a aquella inocente niña. Me quejaba con frecuencia delante de Pietro, único

que podía comprenderme y compadecer a mi pobre Nora. ¿Qué idea arraigó en la mente de su hermano, al que yo había salvado el honor? No puedo precisar, porque Pietro no se me confió; pero el día en que la pequeñuela fué robada y yo pensaba aterrado quién habría podido cometer tal delito, Pietro me confesó que había sido él el autor. Quedé aturdido, asustado, le amenacé con denunciarle, le dije que devolviera la niña, pero él se arrojó a mis pies, rogándome que le perdonara. Me dijo que su culpa tenía por causa el cariño, la devoción que tenía para mí, para mi hija; me juró que si se descubría el hecho él sólo aceptaría la responsabilidad; me convenció de que no debía desesperarme, puesto que había entregado la niña a usted, dándole un padre bueno, digno de ella; en fin, tanto me dijo y tanto me suplicó, que acabé por tranquilizarme y guardar el secreto.

—Pero Pietro —interrumpió Rosa— se arrepintió después de su crimen y escribió una confesión que se me había de entregar a mí después de su muerte; pero aquel escrito desapareció... Dios, sin embargo, velaba y no podía permitir que el engaño llegase hasta el fin. Un escrito encontrado en el chaleco de mi hermano, la vista del retrato de la niña robada, que me pareció tal y como estaba cuando Pietro me la entregó, con aquella misma medalla al cuello, medalla que yo guardo celosamente y que está unida a una cadenita de plata, todo fué para mí como un rayo de luz, una revelación. Sin embargo, antes de decir nada a nadie quise ver a usted para avisarle de que yo, aunque tarde, trataba de remediar el daño hecho por mi hermano devolviendo a la condesa María la niña tanto tiempo buscada y tan desesperadamente llorada.

El rostro del conde Luca estaba horriblemente contraído, demostrando qué pensamientos horribles se atropellaban en aquel instante en su cerebro.

—¡No, no, usted no hará eso!— dijo con voz sombría—. Porque la condesa María no podrá creer jamás que el culpable haya sido únicamente Pietro; yo también sería herido, me vería deshonorado y conmigo mi inocente hija.

—La condesa María es demasiado generosa, ama mucho a Nora para hacer pesar sobre ella la culpa de los demás, para no perdonar a su padre.

—¡Usted callará, lo digo, es necesario!— rebatió el conde con aspereza—. Su hermano ha muerto rodeado de la estima de todos. ¿Querrá usted ahora infamar su memoria pregonando que era un ladrón, un hombre falso y vicioso? Además, ¿para qué turbar la tranquilidad de mi cuñada, que ha dado al olvido sus dolores, ama a mi hija y ha tomado bajo su protección a Nella, que no da tñene que envidiar a Nora?

—Se engaña— dijo con voz grave la hermana de Pietro—. Nella envidia ahora el nombre, la posición de Nora, que permiten a ésta casarse con el marqués Silvestri, el joven a quien mi pobre niña ama con todo el transporte de su alma sencilla y apasionada y al cual tiene que renunciar.

—Si no es más que esto —interrumpió el conde Luca halgado por una repentina esperanza— yo le juro, Rosa que obraré de modo que el marqués Silvestri se case con Nella y la haga feliz. Pero es preciso que usted renuncie a decir quién es esa joven.

Rosa movió la cabeza.

—No es posible, conde, porque cualquiera que fuese el hombre que pidiera por esposa a Nella, el señor Serra es demasiado honrado para callarle el secreto de su nacimiento.

—¿Cómo? ¿El sabe?... ¿Se lo ha dicho usted?

—No sabe nada—dijo Rosa sosteniendo la irritada mirada del conde—. El señor Serra no conoce ahora más que la novela inventada por Pietro y que usted confirmaba en las cartas.

—Entonces no hay nada perdido—interrumpió el conde con voz tierna, angustiada—; que el señor Serra cuente esta historia... Usted calla la verdad. Le daré todo el oro que quiera.

Rosa se puso lívida.

—Señor conde—dijo con voz grave, severa—, usted no me conoce aun si cree que puede comprar mi conciencia. Todo lo que puedo hacer por usted es no acusarle; pero mi pobre hermano me grita desde su tumba que devuelva esa niña a su madre, que la haga feliz, y lo haré.

—Usted no hará eso—respondió el conde asperamente, con la mirada siniestra—si quiere salir viva de aquí.

—Rosa saldrá sana y salva y seré yo la que hablaré—dijo Nora, blanca como un fantasma, levantando el portier y apareciendo en la estancia.

Rosa lanzó un grito que más era de angustia que de espanto; el conde, frémulo, sofocado, incapaz de pronunciar palabra, miraba a su hija con ojos extraviados, como si hubiese visto una muerta salir de su tumba.

Nora prosiguió con una firmeza que hacía temblar:

—Ha sido la Providencia la que me ha guiado a esta estancia y me ha hecho esconder ahí, cuando oí los pasos de ustedes y sus voces. No, nunca habría pensado que me aguardase tan terrible castigo. Padre mío, ¿cómo has podido resistir las lágrimas, la desesperación de la tía, fingir dolor, amontonar embuste sobre embuste y asistir impávido a la agonía de tu pobre hermano, que moría llamando con voz desgarradora a su hija? ¿Qué demonio te ha inducido a arrancar de los brazos de una madre buena y generosa a una inocente criaturita y privarle del nombre y de las riquezas a que tiene derecho? Has dicho que tú y Pietro lo hicisteis por cariño a mí. ¡Qué horror! También yo fui cómplice inconsciente del delito; pero ¿tú crees que yo puedo callar sabiendo la verdad?

Un gemido escapó del pecho del conde, que balbuceó:

—Perderás a tu padre y a tu madre y arrastrarás por el fango el honor de la casa Rienzi.

Nora levantó el bello rostro, cubierto de una palidez mortal, y su voz vibrante sacudió todas las fibras del corazón del conde; de sus ojos escapaban relámpagos desdeñosos.

—Yo no te acusaré nunca, ni Rosa tampoco—dijo frenética—. El honor de la casa Rienzi no se empañará, y como el delito ha sido cometido por mi causa, a mí únicamente me toca expiarlo.

## Procesos y litigantes célebres.

"Tribunales ociosos, pueblos dichosos," dice la sabiduría china en forma de proverbio. Pero esta máxima no reza con cierta clase de litigantes empedernidos y contumaces que conocen al dedillo y por todos sus recodos las salas de justicia y se tratan con abogados y procuradores, jueces y fiscales con la franqueza de buenos y antiguos amigos. Estos tipos tienen la obsesión del pleito que apuran en todas las instancias y jurisdicciones, como apura el fumador hasta la punta de la colilla.

Vamos a desempolvar de los archivos judiciales algunos casos que divertirán sin duda al más aburrido de nuestros lectores, empezando por el célebre "proceso del jamón," famoso en los anales del comercio.

Erase que se era (y no es cuento, sino historia pura) un pastelero de París que tomó tranquilamente una lonja de jamón, hizo la pedacitos, cubriólos de una pasta fina de su invención, los doró al horno y con aire triunfante los vendió bautizándolos con el sustancioso nombre de "pastelillos de jamón."

—¿No soy yo pastelero?—se dijo el buen hombre—. Pues puedo hacer y vender pasteles. ¡Qué vengan los tocineros y carniceros a impedírmelo!

Y vino el honorable gremio de salchicheros parisienses acompañado de un ministro de la Justicia nada menos, se incantó de los pasteles recién salidos del horno y fueron solemnemente depositados, precintados, lacrados y sellados hasta el día de la vista ante el respetable tribunal. La solidaridad de los pasteleros, como diríamos ahora, se sintió hondamente herida y soliviantada, haciendo causa común con el acusado de venta clandestina y fraude contra los derechos e intereses de los acusadores, quienes a su vez se rodearon de sus colegas dispuestos a todo (lo legítimo, se entiende).

El día de la vista no se cabía en la Sala del tribunal. Presente Noel, el autor del pastel, litigioso, y presentes sus acusadores, procedieron los ujieres a la rotura solemne de los precintos y sellos, escapando un grito de victoria de los salchicheros al ver que se había desprendido la costra y quedaba la carne del color natural (del que era natural tuviese en la fecha de la apertura).

—¿El acusado vende jamón disfrazado e simulado?

—Soy pastelero y tengo el derecho de ha-

cer y vender pasteles de jamón, que es una carne como otra cualquiera.

La primera instancia perdióla el pastelero... El pasteleo no estaba tan adelantado como en nuestros días...

Todos los gorros blancos de París pusieron en movimiento. El proceso siguió y se enredó en los laberintos curialescos. Y la sentencia definitiva sólo llegó a ser conocida de los nietos de sus promovedores porque los autos duraron, aunque no quieran creerlo la mayoría de nuestros lectores, la friolera de noventa años y algunos meses.

El "Proceso de los peluqueros," le siguió en el record del ridículo judicial.

Hasta el día en que se entabló, en pleno siglo XVIII, se pudo creer que cada prójimo tiene el derecho de que le rapen las barbas y le peinen donde bien le parezca. Pues, no señor. Cuatro peluqueros de Rethel tomaron el pelo a sus parroquianos de otro modo, pretendiendo que dentro de los límites de su jurisdicción, como si dijéramos de algunas leguas a la redonda, nadie podía servirse más que de los establecimientos de los recurrentes.

Cierto Pedro Courcelles vino a instalarse tímidamente a unos 24 kilómetros de Rethel. ¡Profanación, usurpación, sacrilegio! Los cuatro Figaros de marras montaron a caballo, requirieron los auxilios del alguacil y llegaron de noche al lugar de la ocurrencia en ocasión en que el delincuente había ido a cometer su fechoría al domicilio de un vecino. Las navajas, vacías, jabones, peines, esencias, todo fué secuestrado judicialmente y los secuestradores se dieron tales maña que, durante cinco meses largos, el despojado no pudo ejercer su oficio ni probar su derecho de rapar barbas a sus contemporáneos. Habría litigado hasta la muerte si no hubiese sido por un hecho nuevo que sobre vino y le salvó. Cansadas las mujeres de Rethel de ver a sus maridos con las barbas largas y descuidadas (con lo cual no estarían nada bonitos seguramente) se sindicaron, como lo hacemos hoy en estos casos, y de mandaron a los cuatro héroes daños y perjuicios por la fealdad de sus semisalvajes cónyuges. Y lo cierto es que su reclamación triunfó y aquellos fueron irremediablemente condenados.

Sin ir más lejos, no faltan pleitos ruidosos y curiosísimos con posterioridad a los que llevamos extractados.

Hace pocos años un sujeto malhumorado promovió un proceso a todos los que le habían tirado *confetti* sin su permiso durante los días de Carnaval.

No hace seis, una dama de genio compró una ración de conejo en un restorán bien conocido, que le pareció excelente a la hora de la comida (sin duda lo tomó con salsa de buen apetito, que es la mejor de todas); pero, entrando en sospechas a la hora de los postres, dió un grito histérico, exclamando:

—¡Cielos! ¡He comido gato!

Fuése corriendo a ver al comisario de policía, quien le aconsejó que probara su aserto o se callase.

¡Callarse una mujer! Fué con el cuento a los tribunales; funcionó la terrible máquina (devorando más papel sellado que continuo nuestras modernas rotativas). El fondista se defendió y ofendió con el arma de nuevo proceso por difamación. El negocio recorrió todas las instancias, y al fin de ellas, la irascible dama fué condenada a pagar una indemnización de... 500 francos por un conejo... o un gato ¡vayan ustedes a saber!

Otro quídam armó camorra judicial a un compañero, disputándose un asiento en el imperial de omnibus. Ninguno de los dos pudo emprender el viaje y no hay por qué decir si los gastos ascenderían a más del valor del asiento.

Los pleiteantes son todavía más terribles que los jugadores, quienes cuanto más pierden más juegan. Uno de los más tremendos fué una célebre cómica que pasaba todo el día en el Palacio de Justicia antes de ir a representar en el Palacio Real. Vivió hasta los noventa años, repartiendo así su tiempo: llegó a promover... ¡setecientos procesos! Era la Montansier, cuya sombra debe vagar todavía por las salas de Audiencia. No hace mucho, tratóse de llevar su historia a las tablas, y, como por arte de magia, surgieron después de su muerte, seis procesos contra

el director, actores y colaboradores que tal intentaron.

Otro que bien baila en el arte de hacer bajar a la Curia fué Swan, millonario americano. Era en tiempo de la prisión por deudas y se dejó encarcelar antes de pagar una cuenta a uno de sus proveedores. Estuvo en Chirona nada menos que veinte años, sin desmayar un punto, pues desde la prisión promovió mil y un incidentes, a cual mas curiosos, contra sus infelices acreedores, que murieron arruinados por él. La revolución de 1830 le puso en libertad, y nuestro héroe salió tan camante, como si hubiese llenado una misión social acá abajo.

Hace apenas cinco años, los habituales concurrentes al Palacio de Justicia de París saludaban y conocían a un viejecito de poblado bigote blanco, que venta semanalmente a seguir el curso de cinco o seis procesos de su interés, y guiaba galantemente a sus abogados y al mismo tribunal por los enredos vericuetos de las cuestiones legales que iba promoviendo. Trataba con la misma amabilidad a sus patronos que a sus adversarios..., a quienes no dejaba de dar algún consejo. La atmósfera de la Curia le era indispensable. Dióse una amnistía general que acabó con sus procesos... y murió.

Para terminar esta lista interminable de procesos y litigantes curiosos citaremos el de un banquero, en 1907, ayer, como quien dice, que tenía declarada guerra a muerte a una Compañía ferroviaria.

Es el caso que al tomar un billete en una estación le llevaron... tres céntimos de más sobre el precio de tarifa, y al advertirlo reclamó al jefe de estación, quien se desentendió de su demanda. Escribió al director de la Compañía y recibió la llamada por respuesta. Certificó una segunda carta, el mismo silencio sepulcral. Citó por alguacil, el director de la Compañía lo tomó a broma. Formalizó el pleito, la Compañía ya no rió. El asunto se trató en grado de apelación y casación, habiendo ganado el banquero en todas las instancias. La Compañía hubo de restituirle los tres céntimos... y las costas sumaron la friolera de 3,000 francos.

P. Cu.

### Un silogismo.

Preguntaba un hombre inculto a su hijo qué materias estudiaba y qué adelantos obtenía, y le contestaba el escolar que estudia-

ba el silogismo, de tal modo peregrino que con él se demostraba la realidad de lo que no la tiene.

Debió sentir aguijoneada su curiosidad el buen padre, y, queriendo poner a prueba la maravilla, hubo de excitar a su hijo, cuando almorzaban teniendo delante un plato con un par de huevos; a que demostrase que en aquel plato había tres huevos.

—Fácil empresa me encomendáis—contestó con gran serenidad el discípulo de Aristóteles—, pues me habéis de conceder que si en el plato hay dos huevos, también hay uno,

y como dos y uno son tres, entiendo haber demostrado que existen tres.

Aparentemente convencido, contestó el padre a su hijo, con gran astucia:

—Perfectamente; ahora repartiremos los huevos, comiéndose uno de los del plato tu madre, el otro yo y debiendo tú almorzarte el del silogismo.

G. SERRANO.

# Servicio telegráfico y telefónico

de nuestros corresponsales

Madrid, provincias y extranjero.

## EXTRANJERO.

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS.

### Destacamento sorprendido.

Paris, 12 (6'10).

Los periódicos de Tánger dicen que un destacamento español ha sido sorprendido por los indígenas en las riberas del Kert y tuvo nueve soldados muertos.

### La consulofobia francesa.

Paris, 12 (6'25).

Los periódicos comentan la actitud de los cónsules españoles en Marruecos y piden al Gobierno que intervenga enérgicamente e inmediatamente.

*Excelsior* pide a España que tenga en esta ocasión un gesto caballeresco, del cual será la primera en beneficiarse.

*Le Gaulois* dice que Alfonso XIII hará cuanto pueda y el Gobierno de Madrid dará las instrucciones pedidas para que el conflicto se detenga en el grave camino que recorre.

*Le Matin* dice que el Gobierno francés ya intervino muy enérgicamente hace unos ocho días en la cuestión de los cónsules.

*Le Petit Parisien* dice que García Prieto anunció el martes a Geofray que había llamado a los dos cónsules.

### La ocupación de Marraqués.

Paris, 12 (7'46).

Comunican de Mazagán que el 10 entró la columna ligera en Marraqués, a las ocho de la mañana, penetrando Mangin en el palacio del Maglizen. El Glani y el Metuquí entregaron enseguida los prisioneros franceses, que se mostraron sumamente agradecidos a Mangin. El Hiba logró escapar, ocultándose. El grueso de la columna llegó a medio día, acampando en los alrededores de Marraqués, a dos kilómetros de la ciudad, en un lugar que domina la población.

Esta ha salido a su encuentro, manifestando sumisión.

## ULTIMOS PARTES.

### Nombramientos acordados.--Descarrilamiento.

Madrid, 12 Septiembre (10 mañana).

Dice *La Epoca* que el Gobierno tiene acordado ya los nombramientos de los funcionarios que han de plantear el protectorado español en Marruecos: residente, el general Alfau; secretario, el diplomático señor Padilla, e inspector general el cónsul en Larache, señor Zugasti.

En la noche del martes descarriló el tranvía de vapor que hace el servicio del Pardo en el kilómetro 5 de la carretera, resultando varios contusos, que llegaron a Madrid gracias a la generosa cesión de varios automóviles particulares, pues la Empresa no se preocupó del transporte de los viajeros.

### Terrible explosión.

Ampliando las noticias que hemos dado sobre una explosión en Castellón, noticias particulares recibidas de Villafames, participan que anoche, cuando todo el pueblo se hallaba congregado en la plaza de la iglesia presenciando una función de fuegos artificiales, explotó un mortero.

El pánico que se produjo fué enorme.

Muchas personas rodaron por el suelo, algunas heridas.

Ignórase el número exacto de heridos; por lo menos suman cuarenta de ellos ocho graves y dieciseis menos graves.

### Conferencia de Ribalta.

Zaragoza.—En el Círculo de Ferrovianos de la calle de San Boto ha dado una conferencia don Pedro Ribalta, presidente de los ferroviarios de la red catalana, ante los compañeros de la sección de Zaragoza.

Hizo historia de las gestiones realizadas para conseguir el aumento de jornal, la reglamentación de las horas de trabajo y otras cosas.

Dijo que no ha tenido contestación a las cartas que escribió a los señores Canalejas, Maristany, Gasset y Villanueva.

Aseguró que su actitud es de ir a la huelga pacífica en el caso de no conseguir las mejoras citadas.

Recordó las manifestaciones del gobernador de Barcelona, desmintiendo el rumor que atribuye carácter revolucionario a esta huelga.

Añadió que si alguien sospechara que algún político quisiera aprovecharse de la actitud de los ferroviarios para producir alteraciones de orden público, suspendería sus gestiones y desistiría de la huelga.

Igual manifestación hicieron los compañeros de Zaragoza.

Terminó declarando que no venía a pedir solidaridad, porque las mejoras solicitadas por la red catalana tienen carácter local, pues les indicaba que consultaran su conciencia y si ésta les decía que conviene la unión, oyeran la voz de su conciencia.

La sección de Zaragoza ofreció a Ribalta secundar lo que acuerde la sección catalana.

### Romanones comiendo y declarando.

Santander.—Llegó el conde de Romanones. Sus amigos le dieron un banquete en Villapardo.

Dijo que el partido liberal seguirá dos años con la jefatura indiscutible del señor Canalejas, reconociéndolo todos los prohombres.

Tienen que acabarse las conjuras; es preciso de una vez hacer el partido.

El será el primer liberal y el primer disciplinado a las órdenes de Canalejas.

### Bolsin mañana.

Interior, 85'57 papel; Nortes, 103'30 dinero; Alicante, 99'20 dinero.